

Vila-Matas vs. Hemingway

Edgar Esquivel

En *Ella era Hemingway*, Enrique Vila-Matas comparte una idea perturbadora: el abandono desilusionado de lo que entendemos a la perfección: “No me gustan los relatos que se balancean peligrosamente en el abismo de lo obvio. Porque entender puede ser una condena. Y no entender la puerta que se abre”.

A partir de una anécdota que se vuelve cuento, pero cuyo origen es una obsesión, el autor catalán juega a desentrañar uno de los textos más breves de Ernest Hemingway, *Gato bajo la lluvia*, a la sazón señalado por el colombiano Gabriel García M., como el mejor cuento jamás leído por él. La lectura de esta obra de escasa extensión versa sobre una pareja americana cuya monótona estancia en un cuarto de hotel, cercano a una playa en algún lugar de Italia, se ve interrumpida por un deseo inexplicable: el hombre, impávido, concentrado en la lectura, yace tendido en la cama mientras la mujer observa a un gato bajo la lluvia, acentuándosele

con ello una ansiedad por varias cosas que anhela en ese instante, pero sobre todo, inexplicablemente, la necesidad de tener un gato para sí que le hiciera compañía.

Vila-Matas reta a tratar de comprender dos asuntos: por qué puede ser “el mejor” cuento y qué se puede interpretar de una historia más bien trivial. Ambos quedan sujetos a un hecho inobjetable: la apreciación, que implica un ejercicio de jerarquización, independientemente del mero gusto personal. Pero nada, al final, queda resuelto: lo incomprensible permanece en las premisas que intrigan al autor de *París no se acaba nunca*.

Es en una especie de seminario donde Vila-Matas desarrolla la acción de esa pequeña trama en la que nos dice que comparte su deleite por la imprecisión, prevaleciente al momento de “entender” esa *historia secreta* que Hemingway “encriptó”, fiel a su concepción de elaborar historias. Y no deja de sorprender esa preferencia por lo aparentemente inexplicable, aun siendo el terreno de la literatura tan dado a las fantasías paralelas y de ida y vuelta, por una razón que no pretende nada: la experiencia ante una obra de arte, de cualquier disciplina o categoría, es en primera instancia esencialmente personal y la sensación que nos deja a cada uno revela o arrebata algo que implica también cierta incapacidad para transmitirlo tal cual.

Sin tener a la mano la precisión de la fuente, me atrevo a recordar lo que parece que el propio Luis Buñuel dijo sobre las explicaciones que suscitó la película *Un perro andaluz*, particularmente la escena donde el ojo de una mujer es cortado, sin titubeos, con una navaja de afeitar: cualquier interpretación carecía de sentido, al margen de que fuera la película más significativa del

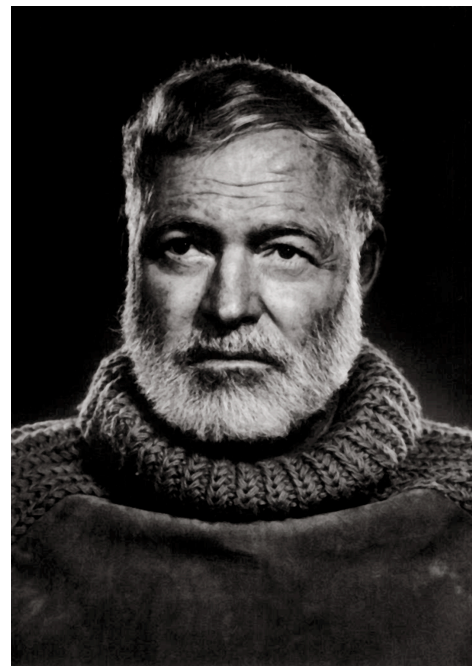
surrealismo, pues el propio realizador confesó que lo soñó. No hay un mensaje cifrado, sino la representación de una obsesión onírica.

Pero nos cuesta trabajo aceptar las cosas como son. Nos gusta interpretar todo y profesamos una devoción por intuir: hay una voluntad por la suspicacia que derrocha, inútilmente la mayoría de las veces, todo el esfuerzo de los sentidos. Quizá sea inconscientemente el paliativo de un mal mayor: la falta de imaginación y el destierro del conocimiento. Puede lo anterior parecer extraño, pero se infiere así que entre más grande es la sospecha la razón se apoca.

En la incomprensión radica la gracia. Al final Vila-Matas no le disputa una falsa verdad al escritor de *El viejo y el mar*, sólo reconoce, a su manera, un dicho de María Zambrano: “toda pregunta indica la pérdida de una intimidad o el extinguirse de una adoración”. ¿Con qué nos quedamos? **U**



Enrique Vila-Matas



Ernest Hemingway